



Las piedras rayadas de Medina Azahara



En la campaña de excavaciones verificada en Medina Azahara en el año 1925 y en la zona aledaña a la puerta que se abre en el lienzo norte de muralla, única puerta de recinto descubierta hasta hoy en la ciudad de los Califas, se hallaron, con el intervalo de unos meses, dos piedras con rayas groseras, a las que no se dió la menor importancia.

Por el mismo tiempo se encontró una placa de piedra, con otras rayas y círculos, (fig 2), que desde su hallazgo, los mismos obreros que la encontraron la consideraron como un tablero del conocido juego popular que hoy se practica todavía, llamado comúnmente «tres en raya».

Este segundo hallazgo, que nunca se pensó relacionar con el primero, fué tomado en consideración, y dicha placa se recogió y colocó en el museo que viene formándose en éstas ruínas con los restos más importantes que de ellas se exhuman.

Respecto a las dos primeras piedras de que hablo (fig. 1, A y B), recuerdo que la señalada en el dibujo adjunto con la letra B fué encontrada en una edificación pequeña que hace saliente perpendicular al lienzo de muralla norte, y que tiene todo el aspecto de una torre albarrana o cosa análoga, porque los orígenes conocidos de esos elementos de defensa están colocados en la historia de la arquitectura militar bastante después del siglo X.

Cuando esa piedra se extrajo entre los escombros, el obrero le dió un golpe para partirla, como se hace con todas las piedras y sillares grandes que allí se encuentran, procedimiento que tiene toda mi repulsa, aunque se me diga que es necesario para poder transportar las piedras así partidas

al vertedero. Pues bien, como ya teníamos la piedra A, que habíamos separado por curiosidad, al encontrar esta otra, que parecía presentar signos y rayas análogos, yo la hice retirar también y conservarla, aunque partida en dos, como puede apreciarse en el dibujo.

No le hubiera yo dado más importancia a esas piedras si en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones (Madrid, diciembre 1926, XXXIV, pág. 271), no hubiera visto, en un artículo publicado por don Manuel González Simancas y titulado «De arqueología numantina. Los estratos en las excavaciones de la Acrópolis», el dibujo de una piedra, en un todo análoga a las que vengo comentando, y a la que se refiere el

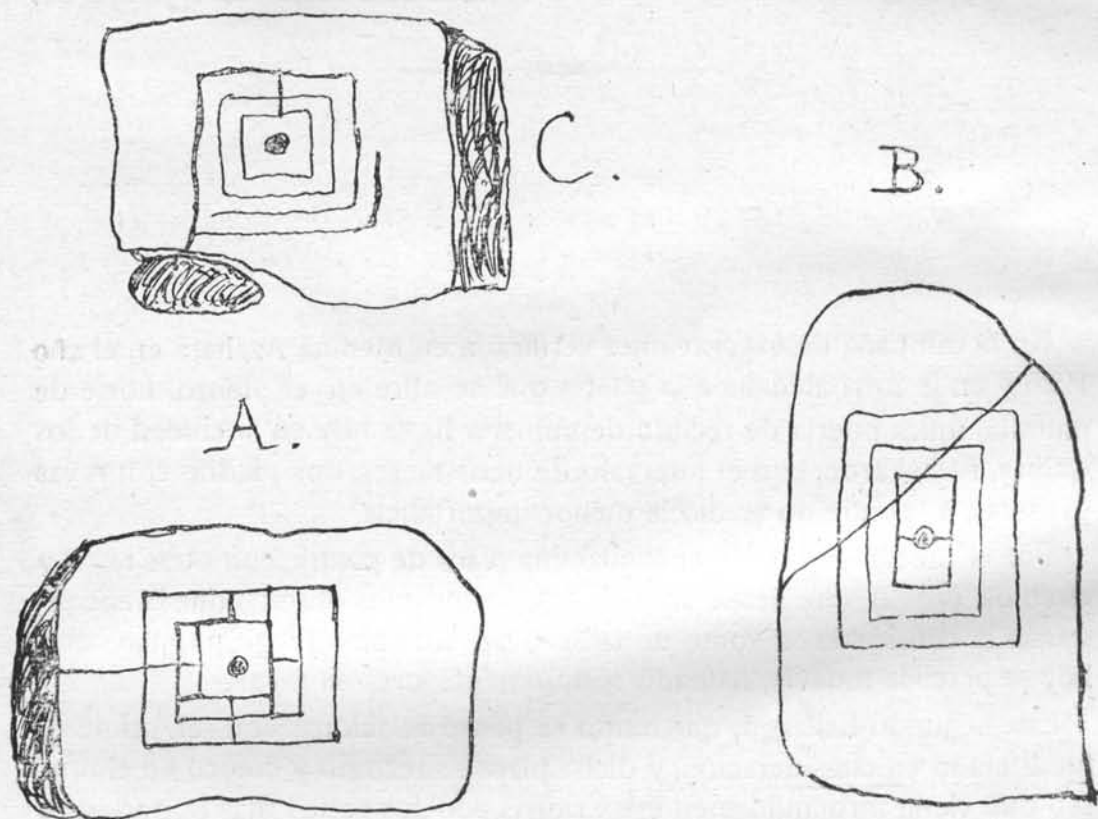


Fig. 1, A. y B., piedras halladas en Medina Azahara. C., piedra numantina (¿estela funeraria?) de Garray.

párrafo siguiente: «¿Puede admitirse que procedan de los tiempos de la dominación céltica las sepulturas por inhumación y sin ajuar funerario que se descubrieron en distintos sitios del cerro? ¿Es un indicio de esto el trozo grande de piedra torpemente labrado en forma prismática, semejante a las estelas de tipo ibérico aragonés y a otras de las necrópolis de Aguilar de Anguita que se encuentra formando parte del cercado del huerto de don Agapito Moreno (vecino de Garray), situado en la falda occidental de la colina?» (He tratado por mi parte de dibujar dicha piedra, que en aquel trabajo está señalada con la signatura fig. 12, lámina II, y es la que aparece

en la fig. 1, letra C, de este artículo, pero lo he conseguido muy medianamente, porque, como puede verse, soy muy mal dibujante).

Ese artículo que comento me llenó de dudas. Para mí hay una absoluta analogía con la piedra que señala el señor González Simancas procedente de Numancia, y las encontradas por nosotros en Medina Azahara. Aquella sería semejante a las estelas funerarias de tipo ibérico aragonés. Estas, sin el menor género de duda, son de filiación árabe y de uso indeterminado.

Las piedras por nosotros encontradas y señaladas con las letras A y B, son de la caliza miocena en que está construida toda esta ciudad y palacios de Medina Azahara, y que se encuentra en extensas canteras a media falda de la Sierra de Córdoba. La A es más cuadrada, y si se quiere más cúbica, en tanto que la B es más rectangular.

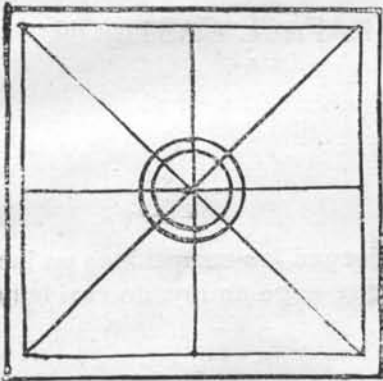


Fig. 2. Placa de piedra de Medina Azahara.

En su centro tienen el rayado que se puede ligeramente apreciar en el dibujo. Es un rayado basto, hecho con una punta grosera, como un clavo o cosa análoga, tanto que la raya se ha corrido muchas veces más de lo necesario, como indudablemente ha pasado en la piedra A, señalando muchas

subdivisiones que no fueron hechas deliberadamente y que por otra parte yo no he visto muy claras.

Ambas, y en esto coinciden con las de Garray, tienen en el centro del rayado un hoyo o depresión circular, también groseramente excavado. En la piedra A, parece notarse que el trazado tiene tendencia a cierta forma espiroidea, como en la C, procedente de Numancia, en tanto que en la piedra B, la independencia de los cuadrados rayados es absoluta.

La placa de piedra de la fig. 2, es de otro orden completamente distinto. También de caliza, pero de un grano más fino, su forma es perfectamente cuadrada, de 22'7 centímetros de lado. Su grosor, de unos dos centímetros.

Las rayas que ocupan casi toda su superficie son finas, correctas, trazadas a regla y con un instrumento de filo aguzado. En cuanto a los dos círculos concéntricos, separados por unos 6 mms., el mayor de ellos tiene de diámetro ocho centímetros. Son también correctos, trazados a compás. Para mí, esta plaquita, fácilmente transportable, o tal vez fijada sobre un murete o adarve, servía para el juego de las tres en raya antes mentado, y que, en este supuesto, sería ya conocido por los musulmanes del Califato cordobés.

Hay que tener en cuenta, a mayor abundamiento, que esta zona de recinto amurallado estaría constantemente ocupada por soldados y centinelas, que habrían de buscar juegos en que ocupar su forzada inactividad.

Pero, ¿y las dos piedras A y B de la fig. 1, a qué uso se destinarían? Posiblemente, de algún otro juego parecido al asalto o al antes referido, y que la misma manera grosera conque el rayado está hecho no permite deducir claramente. Seguramente un erudito en juegos de azar nos sacaría fácilmente de dudas.

Esas piedras, que formarían parte de un parapeto, serían indicadas para trazar sobre ellas un rudimentario tablero de juego (1). Lo que desde luego se puede asegurar es que no tienen relación alguna con objetos ibéricos y que su filiación cordobesa y musulmana del siglo X es bien patente.

RAFAEL CASTEJON

(1) En los cortijos de la provincia de Córdoba juegan los campesinos un juego llamado «la reina», y en otros sitios «el carro», que exige un rayado casi igual al de estas piedras que comentamos.

